

En el centenario de Cristóbal Benítez

En septiembre 2024 conmemoramos el centenario del fallecimiento de Cristóbal Benítez González, personaje de interés para el africanismo español que quedó ensombrecido en la nómina de exploradores de África precolonial. Benítez, más tetuaní que malagueño (Alhaurín de la Torre, 19 de julio 1856 – Mogador, 7 de septiembre 1924), publicó en 1899 el relato de su peripecia a lo largo del Sahara, diez y nueve años después de haberla completado en compañía del geólogo alemán Oscar Lenz y de un señorito argelino de refinados modales, pasando casi por completo desapercibido para los lectores peninsulares. Con esta ocasión podríamos aprovechar para puntualizar algunos detalles tanto de su narración como de la crítica y reseñas que, siendo escasas, se le han dedicado, alejándonos de las convenciones habituales establecidas por el colonizador y posicionándonos a la altura de la historiografía que, en siglo XXI, nos cuenta el pasado sin la óptica colonial por medio del método histórico crítico.

Desde principios del siglo XIX la Ilustración, la Revolución, el Romanticismo, el auge de las ideologías sociales, las necesidades de la sobrepoblación y la industrialización, fueron siendo asumidas en una Europa que trazaba planos del orbe situándose en el centro desde el cual la “misión civilizadora” podría difundirse hacia los “pobres salvajes” del mundo para erradicar la esclavitud, difundir la verdad del cristianismo y salvarles de sí mismos. Ese al menos era el pretexto aducido, dejando velada la necesidad de materias primas para la industria. Quedaba, no obstante, mucho reconocimiento por hacer antes de que, en 1885, en su afán de recursos primarios y para evitar ulteriores disputas, las potencias europeas se reúnan en torno a una mesa para negociar la ocupación y explotación del continente, en la que se ha venido en llamar Conferencia de Berlín. Cuando estudiamos el pasado de África al sur del Sahara encontramos que, en razón del enorme trozo de pastel que en el reparto finalmente obtuvieron franceses e ingleses, casi con exclusividad debemos ceñirnos a los textos escritos en estas dos lenguas, siendo escasos los estudios hispanos en estos temas que de forma natural nos competen; no en vano durante ocho siglos la península y África occidental conformaron el mismo continuo cultural en la *Umma*, comunidad islámica. Son por esto celebres los exploradores de estas grandes naciones colonizadoras, pues no hubo ninguno que se abstuviera de publicar el relato escrito de sus aventuras, incluso tergiversando el dato histórico comprobable. Por esta razón ha quedado para la historia que fue el explorador británico James Bruce y no el jesuita español Pedro Páez quien unos años antes

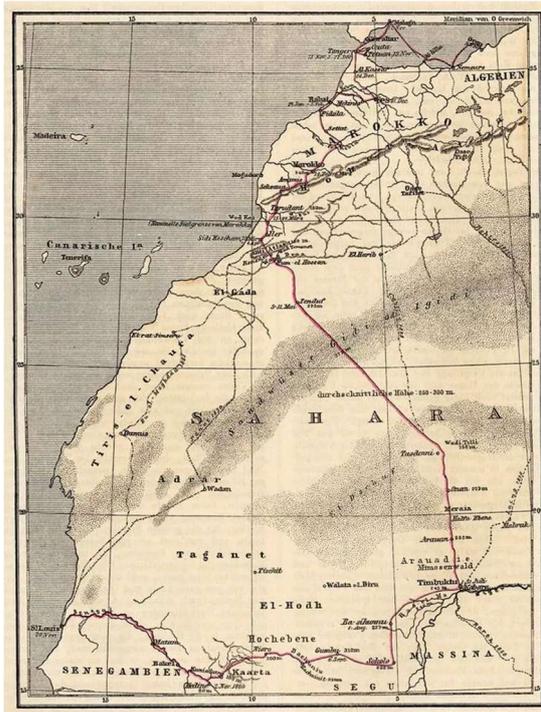


Cristóbal Benítez

descubriera para Europa las fuentes del Nilo Azul. En cuanto a la geografía que nos interesa, aceptamos que fueron intrépidos viajeros europeos (M. Park en 1806, A. G. Laing en 1826, R. Caillé en 1828, H. Barth en 1853) quienes primero atravesaron el Sahara alcanzando la mítica Tombuctú. Con respecto a Benítez y Lenz, igualmente una crítica corta de miras suele afirmar que se cuentan entre los “primeros europeos” o el “primer español” en visitar la ciudad.

Resulta cuando menos inexplicable el inmovilismo de los sectores académicos más anclados a las narraciones tradicionales de la historiografía, en especial tras salvar la reafirmación nacionalista impuesta por el franquismo. Ignorando que la mirada de los historiadores evoluciona con el pasar de los siglos, reflejando nuevo criterio en consonancia con las nuevas investigaciones, parece que cierto sector se niega a aceptar avance alguno y continúa asumiendo el relato de conquista escrito por los creadores de los mitos fundacionales musulmanes a partir del siglo IX, con dos siglos de retraso sobre los hechos narrados. Especialistas internacionales en los estudios sobre *Early islam* evalúan la escasa veracidad de estos relatos que, con modelos siempre convencionales y repetidos, narran las victorias de la fulgurante caballería musulmana. Resulta incuestionable que, hasta bien entrado el siglo IX, con una previa y generalizada arabización fruto de la consolidación de potentes rutas comerciales, y con una primera capital en Bagdad, el islam como religión estuvo aún en proceso de formación. A partir de ese momento fue necesario explicarse el éxito civilizatorio y por consiguiente desarrollar mitos fundacionales. Es entonces cuando se comienza a concebir una nueva religión arraigada y con orígenes prestigiosos. En España un nacionalismo mal concebido rehúsa la evidencia que se nos pone de relieve, puesto que nuestros mitos precisan de una conquista musulmana en 711, de ocho siglos de presencia y gobierno de una población foránea que nunca fue aceptada como ingrediente de nuestra historia, y por tanto de una Reconquista culminada en 1492 con la capitulación de Granada.

No tendríamos lugar aquí para abordar la apasionante travesía de Benítez en todos sus jugosos pasajes, de Tánger a Tombuctú para embarcar de regreso en San Luis de Senegal, aunque sería preciso mencionar algunos detalles. Sin las engañosas justificaciones de los premios en metálico promovidos por las sociedades geográficas de la época, el austriaco Oscar Lenz apareció por la embajada alemana en Tánger en 1879 con la comisión de inspeccionar al menos el territorio del actual Marruecos hasta las estribaciones al sur del Atlas y continuar, si fuera posible, hacia la capital del desierto. Fue entonces cuando, en vista de las previsibles dificultades, le pusieron en contacto con quien era colaborador en asuntos locales entre las legaciones extranjeras, Cristóbal Benítez. Este había llegado de niño con sus padres a Tetuán en torno a 1862 por los incentivos que, tras el tratado de Wad Ras, el gobierno de Madrid adjudicaba para la explotación del corcho; había crecido en un ambiente de convivencia entre las tres religiones inexistente en España, conocía las costumbres y prácticas musulmanas, y había aprendido la dariya y el chejja rifeño. Él mismo cuenta que, con babucha y chilaba, había recorrido los territorios de Fez y Marrakech, y soñaba con algún día cruzar las arenas para alcanzar la ciudad sagrada. La propuesta de colaboración con Lenz, le brindaba sin



Itinerario de viaje

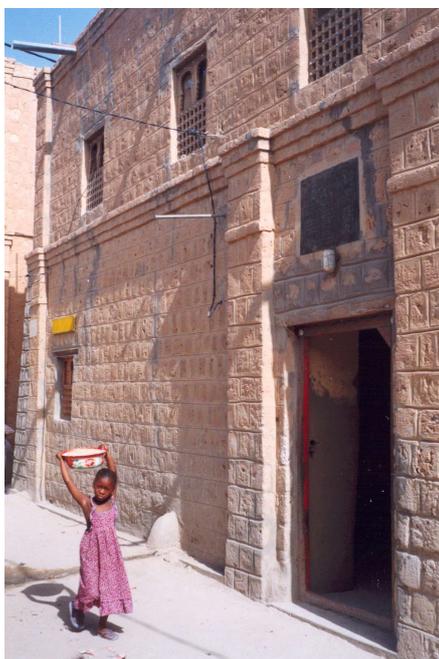
esperarlo la oportunidad de realizar su deseo. El inconveniente principal fue la apariencia germana del geólogo; alto, rubio, de ojos azules y carácter reservado, Lenz levantaría todo tipo de suspicacias en un territorio plagado de bandidos sin otra ley que la de los camelleros, de modo que el proyecto sería juzgado más bien como suicidio. Fue entonces cuando Benítez propuso organizar una pantomima genial, una simulación de identidades que al fin al cabo les permitió alcanzar su objetivo a pesar de los numerosos momentos de amenaza que tuvieron que superar, durmiendo con frecuencia con el arma en mano. Decidieron contratar al hijo de un pachá argelino, Alí Butaleb, joven de veleidosas costumbres, que como supuesto

descendiente del jerife Abdelkader viajaría con dos ayudantes y fingidos objetivos comerciales. Lenz habría de pasar por médico turco bajo el nombre de Haguin Omar, desconocedor del árabe, por tanto, que principalmente no debería despegar los labios frente a extraños, y Benítez, ahora Abdallah, se haría pasar por mayordomo del jerife, gestor de los asuntos habituales de las travesías saharianas, los tres adecuadamente ataviados de acuerdo a su posición social con lujoso ropaje estilo otomano.

Si entre el africanismo europeo Lenz pasa por ser el hombre instruido, cabeza de la expedición, Benítez por su parte no le queda a la zaga en cuanto a estudios y experiencia se refiere, sin su intervención el austriaco nunca habría podido inspeccionar las posibilidades mineras, hecho que este último nunca reconoció. Entre todas las peripecias y episodios descritos en *Mi viaje por el interior de África*, cabe poner de manifiesto su conocimiento acerca de la historia compartida entre Marruecos y España. Al poco de comenzar el relato manifiesta que pretende ser el primer español en cruzar el desierto. Llegando a Alcazarquivir recuerda la célebre Batalla de los Tres Reyes, cuando en 1578 las fuerzas saaditas dieron al traste con las pretensiones portuguesas sobre la Yebala. Al pernoctar en Marrakech menciona a los fundadores de la ciudad roja, los Almorávides de Yusuf ben Tasufín, que habían arrasado a cuantos se opusieron a su versión literal del islam desde el reino de Awdaghost hasta cruzar el Estrecho y acabar con las taifas, llevando de nuevo la frontera musulmana hasta el Tajo y el Ebro. En las salinas de Taudenni encuentra familias que dicen descender del general Yawdar Pachá; conoce por tanto la iniciativa de Muley Ahmed Al-Mansur, sultán saadita que en 1591 decidió intervenir en su beneficio el comercio de oro sudanés, desviado por los portugueses hacia la factoría de

La Mina, enviando un ejército que derrotó al emperador de Sonray Isaac II en la batalla de Tondibi, con oficiales que procedían de la península y hablaban el castellano de los moriscos.

Finalmente, a un ritmo bastante más lento de los 55 días habituales, los tres alcanzaron ilesos Tombuctú el primero de julio de 1880, cuatro meses después de salir de Marrakech, ya cambiados al ropaje índigo de tuareg. La descripción que hace de la villa, aunque en aquel momento una sombra de su pasado esplendor, choca con la que reflejará la narrativa colonial en pocos años. No describe la devastación que, por ejemplo, va a divulgar el reportero Felix Dubois en 1894, poco después de la entrada de las tropas coloniales francesas al mando del teniente Boiteux; muy al contrario, la retrata como un almacén de variados productos y centro neurálgico de comercio, con diferentes barrios y calles animadas repletas de gente dispuesta a la conversación y el festejo, que viste cierto albornoz de paño europeo al que llaman “capa”. En concreto, al hablar del barrio de la gran mezquita del siglo XIV Yingerey Ber, nos dice que está habitada principalmente por los *ermás*, de quienes escribe:

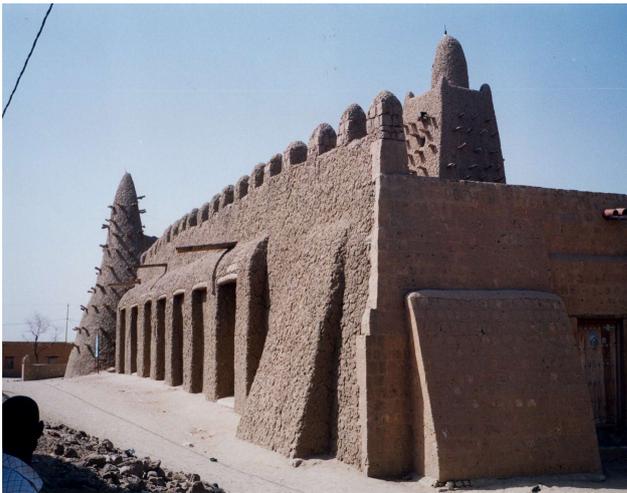


Arquitectura periodo arma

... dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al sultán magrebino Muley Ahmed a la conquista del Sudán, los cuales, terminada esta, se establecieron en Tombuctú, [...] y conservan la regularidad de sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de la que proceden. Estos son los más nobles y considerados de la población, y de entre ellos es escogido el kahiya o gobernador.

Evidentemente Benítez, con su pericia en lenguas, tuvo la oportunidad de platicar y más tarde dar a conocer al lector hispano la sorprendente pervivencia de vocabulario castellano, así como la presencia en Tombuctú del prestigioso grupo cultural arma, quienes llevaban gobernando la Curva del Níger durante tres siglos, desde la conquista saadita de 1591. Esos desterrados a quienes llama árabes no son sino los moriscos que él conoció en Tetuán, es decir, el conjunto de musulmanes mudéjares bautizados por iniciativa del Cardenal Cisneros a comienzos del siglo XVI y expulsados un siglo después a partir de 1609, con ciertas excepciones mencionadas en las sucesivas pragmáticas y la oposición de los propietarios de la tierra, tras haber fundado cofradías marianas y vivido en

el Siglo de Oro. No nos debe extrañar que les llame árabes, a finales del siglo XIX los historiadores no habían desentrañado los primeros años del surgimiento del islam y la narración de la historia academicista consideraba la población musulmana como extraños y usurpadores, a pesar de llevar ocho siglos naciendo y mezclándose en la península. Sabemos hoy que a lo largo de ese extenso periodo los contactos comerciales y humanos entre la península y África Occidental fueron continuos y fluidos en ambas direcciones. De hecho, para estudiar la franja sudanesa a la altura del siglo XI, no existe mejor fuente que la obra del geógrafo onubense Abu Ubaid al-Bakri. Incluso podríamos destacar tres personajes entre un posible listado de nacidos en la península que pasaron por el río Níger. La confirmada presencia en el Sudán de Abu Ishaq es-Sahili de Granada, poeta y alarife constructor de Yingerey Ber, de Hassan al Wazzan o Juan León Africano, viajero y diplomático granadino en su nombre cristiano, de Alí ben Ziyad al-Quti, juez de la morería toledana que en el siglo XV se instaló en Gumbu con su biblioteca de manuscritos, no hace más que advertirnos que, si fueron tantos los personajes de prestigio, debió ser muy superior el número de desconocidos que recorrieron el Sahara como simples mercaderes. Una lectura actualizada, no nacionalista ni colonialista del pasado, puede aceptar ese componente descartado, llamado árabe, como ingrediente esencial de nuestra



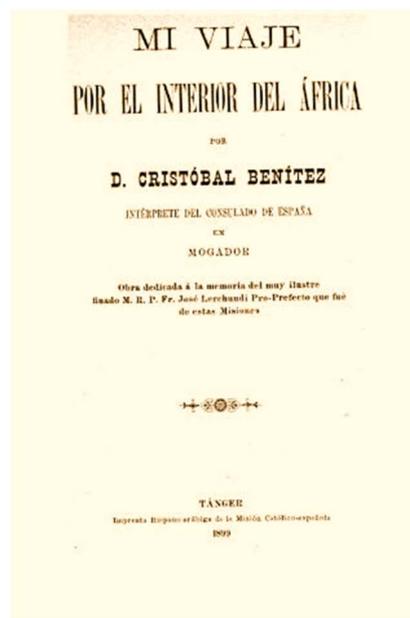
Yingerey Ber S. XIV

historia española; no tendría sentido continuar sin hacerlo cuando sabemos que, a partir del proyecto de Alfonso X, las ciencias y letras cultivadas en árabe serán incorporadas al mundo cristiano en los reinos peninsulares y con el tiempo en toda Europa con el mayor reconocimiento; tan solo la posterior limpieza étnica y religiosa terminó por unificar la península, pero ya tras la ulterior incorporación de Navarra en tiempos de Carlos I.

No deberíamos entonces tener ningún reparo en incluir entre los españoles que viajaron a la Curva del Níger a aquellos personajes de los reinos musulmanes si nos referimos a España como territorio por donde pasaron todo tipos de gentes y culturas; puesto que si, al contrario, solo pudiésemos llamar españoles a los nacidos tras la unificación de la corona, entonces ni los pintores de Altamira ni siquiera los Reyes Católicos podrían ser españoles. Resulta incuestionable, por otra parte, que ese territorio siempre estuvo en Europa; quiere esto decir que, si la península fue musulmana, el islam por consiguiente fue europeo durante ese mismo largo periodo. No fueron, por consiguiente, los exploradores ingleses y franceses los primeros europeos en pisar la capital caravanera, por mucho que quisieran esgrimir ese merito ante sus compatriotas. Ni tampoco fue Benítez el

primer español, pues, descontando a los andalusíes, sabemos que los pachás arma de Tombuctú fueron en su mayoría renegados cristianos durante el primer periodo, comenzando por el general Yawdar Pachá, niño que fue raptado en Cuevas del Vera en torno a 1573.

La formación y cultura de Benítez estaba a la altura de su tiempo. Fijémonos en que, al entrar en Tombuctú, los diferentes estados europeos tomaban posiciones con frecuentes encontronazos y que faltaban aún cinco años para que hubiera acuerdo en la Conferencia de Berlín; ocasión en la que España, inmersa en otros graves problemas de ultramar, tuvo una modesta representación de segundo nivel, logrando tan solo asegurar el control efectivo de plazas donde apenas estaba presente, como el Sahara Occidental, el territorio de Rio Muni, explorado por Iradier, junto al archipiélago contiguo y la isla de Fernando Poo. Ahora bien, quizás merezca una explicación el hecho de que África, que siempre había estado allí, al sur del Mediterráneo en los mapas desde la más



remota antigüedad, continuaba sin estar bajo control de Occidente a finales del siglo XIX, mientras que los reinos del continente americano, de los que por primera vez se tuvieron noticia a comienzos del siglo XVI, en el plazo de un siglo fueron todos sustituidos por gobiernos dependientes de Europa. Evidentemente los africanos no se dejaron. Los marinos que arribaban a la costa para comerciar, principalmente con cautivos, nunca pudieron incursionar si no tan solo establecer factorías comerciales donde intercambiar y “almacenar ébano” hasta su embarque hacia los mercados americanos. Y no pudieron hacerlo porque los africanos manejaban idéntica tecnología armamentística como resultado del comercio. Cuando en ocasiones hubo diferencias y las guarniciones intentaron expediciones de castigo en el interior, por diferencias con el monarca local, sin excepción siempre fueron empujados en retroceso hacia el mar, vencidos por el fuego enemigo y las enfermedades. No fue sino a finales del siglo XIX cuando un momentáneo desnivel tecnológico permitió la definitiva colonización, con la invención de la ametralladora de repetición, el alistamiento forzoso y el uso de quinina. Pero ya no se trataba de comerciar, sino de conquistar por la fuerza, gobernar y controlar los recursos en el propio beneficio.

Nos parecen poco realistas, de acuerdo a la fecha de publicación, las sugerencias que, al regreso y ya como intérprete en el consulado de Mogador, Benítez dirigirá a las autoridades españolas en las conclusiones de su relato, como dijimos, diez y nueve años después de embarcar de vuelta en San Luis; es decir, con las decisiones tomadas en la Conferencia de Berlín: la posibilidad de realizar el muy provechoso comercio de los centros caravaneros del Sudán como Walata, Djenné y Tombuctú, por medio de la colaboración con las cabilas

amigas de las factorías en La Güera y Villa Cisneros. No obstante, el gobierno de Madrid no cumplirá el compromiso de lograr un control efectivo sobre los territorios adjudicados hasta entrado el siguiente siglo, sin poder entonces establecer esas rutas de explotación y comercio ya en manos francesas.

Y en efecto, tras el control francés sobre la franja sudanesa, los reporteros e historiadores tratarán de borrar cualquier rastro de presencia hispana en la Curva del Níger, apenas mencionando algunos detalles tergiversados y restando importancia al legado cultural que aquellos dejaron. En *Tombuctú la mysterieuse* el corresponsal F. Dubois no menciona la descapitalización del reino saadita y su estrategia militar encaminada a hacer fluir de nuevo el oro a través del Sahara; nada cuenta del pachalato de tres siglos, y sus gobernadores arma no provienen de los moriscos españoles, sino de invasores y usurpadores árabes devueltos a su origen, por lo demás, responsables de la degradación constatable en la antaño brillante ciudad. Si a estos datos descaminados y desde entonces convencionales en la historiografía del colonizador añadimos que la narración de Benítez apenas fue leída, podremos comprender cómo fue que aquel elemento hispano quedara absolutamente ignorado entre la opinión pública española hasta el siglo XX. Por su parte, y sin haber leído al parecer la gesta del tetuaní, el asunto fue mencionado por E. Lévi-Provençal, E. García Gómez y J. Caro Baroja en su estudio sobre los moriscos. Tan tarde como 1924 la noticia alcanzó la prensa de tirada nacional cuando J. Ortega y Gasset publicó, en el diario *El Sol* de Madrid de 12 marzo, un artículo abordando *Las ideas de León Frobenius* en el que, como novedad, hará recaer el mérito de la conquista saadita del Sonray, no en la iniciativa del sultán, sino en la furia del elemento hispano de su ejército. Una versión hispano céntrica un tanto desacertada que irremisiblemente se mantiene hasta hoy. Lamenta además que, el papel que juega Frobenius en el estudio y difusión de la historia de aquellos pachás, “nuestros nobles parientes”, debería haber correspondido a los africanistas españoles que, dice, “nunca existieron”. Pero sí que existieron los africanistas Luis de Mármol y Carvajal, Domingo Badía y Leblich y Manuel Iradier. Y por supuesto, a pesar de no haber contado con aquellos españoles que él consideró árabes y que Ortega llama nuestros parientes —lo que no resta valor a su odisea—, Benítez fue otro africanista nada conocido.

Luis Temboury

Málaga, septiembre 2024

Bibliografía específica

- Abitbol, Michel. **Tombouctou et les Arma**. G.P. Maisonneuve et Larose, Paris, 1979.
- Africano, Juan León. **Descripción general de África y de las cosas peregrinas que allí hay**. Edición de Serafín Fanjul. Ediciones El Legado Andalusi, Granada, 2004.
- Al-Bakri, Abu Ubayd. **Description de l'Afrique septentrionale**. Traduite par Mac Guckin de Slane. Edic. Adrien Maisonneuve, Paris, 1965.
- As-Saadi, Abderramán. **Tarick es-Soudan**. Edic. de O. Houdas. Ernest Leroux, Paris, 1898.
- Baroja, Julio Caro. **Los moriscos del reino de Granada**. Instituto de estudios políticos. Madrid, 1957.
- Batuta, Abu Abdallah Mohamed Ibn. **A través del Islam. (Rihla)**. Introducción, traducción y notas de Serafín Fanjul y Federico Arbós. Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- Bautista Villar, Juan. **Viaje de Cristóbal Benítez a Tombuctú**. Revista África, núm. 377. Madrid, 1973.
- Benítez, Cristóbal. **Mi viaje por el interior de África**. Edic. Misión católico-española, Tánger, 1899.
- Cano, Adelina, y Millán, Vicente. **De Córdoba a Timbuktu. Historia del renegado Suleymán del Pozo**. Almuzara, Córdoba, 2006.
- Diadié Haidara, Ismael, y Díaz Guzmán, Amador. *Etnogénesis de los arma. Españoles en la curva del Níger*, Edic. Universidad Granada, Granada, 1991.
- Diadié Haidara, Ismael, y Díaz Guzmán, Amador. *Notas preliminares sobre la vida social y material de los arma de Tombuctú y del Níger Medio. Españoles en la curva del Níger*, Edic. Universidad Granada, Granada, 1991.
- Diadié Haidara, Ismael. **El Bajá Yawdar y la conquista saadí del Songhay, (1591-1599)**. Edic. Instituto de Estudios Almerienses y Ayuntamiento Cuevas de Almanzora, Almería, 1993.
- Diadié Haidara, Ismael. **L'Espagne musulmane et l'Afrique subsaharienne**. Éditions Donniya. Bamako. 1997.
- Diadié Haidara, Ismael. *Las relaciones subsaharianas de Al-Ándalus durante el siglo X*. en <http://www.islamyal-andalus.org/octubre02/Relaciones%20Susaharianas.htm>
- Dicko, Mohamed Gallah. *Histoire de relations entre l'Andalousie et L'Afrique subsaharienne*. En: **Les routes d'Al-Ándalus; patrimoine commun et identité plurielle**. VV.AA. Doudou Diéne (Coord.). UNESCO. 2001. <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001233/123370F.pdf>
- Dubois, Felix. **Tombouctou la mystérieuse**. Paris, Flammarion, 1897.
- García Gómez, Emilio. **Españoles en el Sudán**. Revista Occidente, N° 50. Madrid, 1935.
- Hunwick, John O. **West Africa, Islam, and the Arab World**. Markus Wiener Publisher, Princeton, N.J. 2006.
- Iniesta, Ferrán. *Djuder Pachá, el andaluz que conquistó Tombuctú*. Revista Historia 16. N° 57. Enero 1981.

- Kâti ben El-Hâdj El-Mutaouakkel Kâti, Mahmoûd. **Tarikh el-Fettach**. Traduc. y Edic. de O. Houdas y M. Delafosse. Adrien Maisonneuve, Paris. 1981.
- Levtzion, N. y Spaulding, J. **Medieval West Africa, views from arab scholars and merchants**. Markus Wiener Publishers, Second printing, Princeton, 2007.
- Llaguno, Antonio. **La conquista de Tombuctú**. Editorial Almuzara, Córdoba, 2006.
- Llaguno, Antonio. **Tombuctú, el reino de los renegados andaluces**. Editorial Almuzara, Córdoba, 2008.
- Mármol y Carvajal, Luis del. **Descripción General del África**. Edic. del autor, imprenta Juan René, Málaga, 1599. Junto con edición facsímil del Instituto de Estudios Africanos con biografía a cargo de Agustín G. de Amezúa, Madrid, 1953.
- Millán Torres, Vicente. **Timbuctú y los mártires de la memoria. Cristóbal Benítez, el último de los grandes exploradores de África Occidental**. [Isagogé](#), ISSN-e 1885-2475, [Nº. 3, 2006](#)
- Ortega y Gasset, J. *Las ideas de León Frobenius*. El Sol, 1924. Y en: Obras completas, tomo 3. Alianza Editorial.
- Portillo Togorés, Joaquín. *La expedición militar del Bachá Yaudar a través del Sahara*. Revista de Historia Militar, Nº 30-31-34. 1971 y 1974.
- Romano, Julio. **Los exploradores D'Almonte y Benítez**. Instituto de estudios africanos CESIC, Madrid 1950.
- Terrasse, Henri. **History of Morocco**. Editions Atlantides, Casablanca, 1952.
- Villacañas, José Luis. **El proyecto cultural de Alfonso X el Sabio**. Guillermo Escolar Editor. Madrid, 2022.
- Villar Raso, Manuel. *La gesta africana de Yawdar Pachá*. En **Andalucía en la Curva del Níger**. VV.AA. Edic. Universidad Granada, Granada, 1987.